

Para una estética de la pobreza *En un mundo de abdicaciones,* de Victoria Guerrero Peirano

Guillermo Espinosa Estrada

A PESAR DE SER UNA DE LAS MÁS POTENTES de la lengua, hace tiempo que no me asomo bien a la literatura peruana. A México nos llegan los nuevos (muy malos) libros de Vargas Llosa y su discurso de derecha; una que otra novela fácil, cuya máxima aspiración es alcanzar el éxito de un Beyly o un Cueto; y los refritos de Bryce Echenique donde, una vez más, un oligarca limeño llora en Europa el fracaso de su primer amor. Lo mejor de su tradición, la poesía, circula en la actualidad en clandestinos PDFs como antes lo hacía en fotocopias, y aun así me ha resultado difícil acceder a poetas mujeres que no sean Blanca Varela o Carmen Ollé. Por lo mismo, considero casi un acontecimiento que el Fondo de Cultura Económica ponga a nuestro alcance *En un mundo de abdicaciones* (2016), de la poeta limeña Victoria Guerrero Peirano (1971). Se trata de un breve pero poderoso volumen que no sólo deja claro lo saludable que se mantiene la lírica peruana, además desafía y se contrapone a los discursos neoliberales de sus colegas prosistas machos.

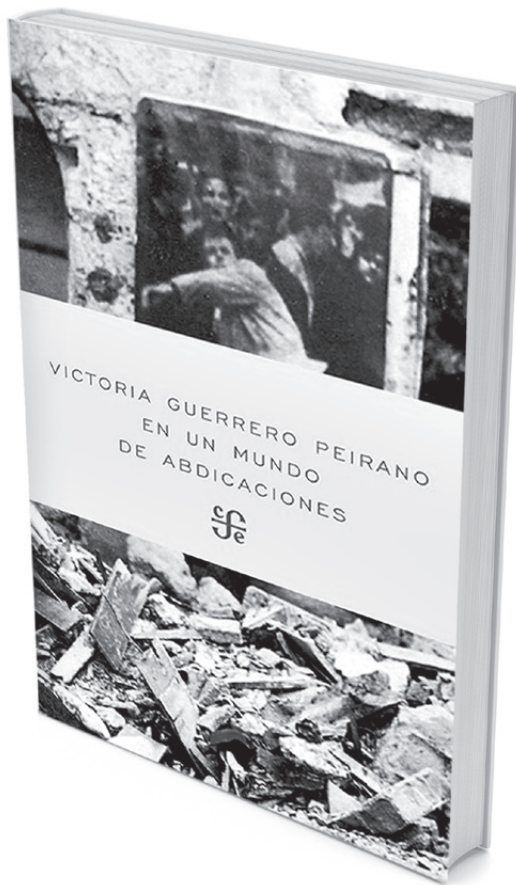
En un mundo de abdicaciones está conformado, básicamente, por dos libros: “Un arte de la pobreza” y “Un arte de la incomplicencia (1993-2012)”. Esta última es una rigurosa antología personal de los cinco primeros poemarios de la autora —*De este reino* (1993), *El mar ese oscuro porvenir* (2002), *Ya nadie incendia el mundo* (2005), *Berlín* (2011) y *Cuadernos de quimioterapia* (2012)—; la primera es una colección de poemas nuevos, inéditos, donde termina de esbozarse, como su

título indica, una poética de la pobreza. A pesar de la división, todo el volumen es un alegato contra un tipo de poesía cómoda, sentimental, burguesa, esa de “escritores enajenados/ Encerrados en bares o en casas solitarias”, mientras está “el mundo hundiéndose en guerras/ En explotación diaria”.

La propuesta estética de Guerrero Peirano consiste en anteponer, a esa otra poesía dócil, un “nuevo lenguaje de la/carencia”. ¿En qué consiste? En pocas palabras, la voz asegura que “[p]ara ser escritor hay que vivir la pobreza”. “No la pobreza miserable de los que nacieron en ella”, aclara, “[s]ino la frugalidad en honor de aquellos que lo dieron todo”. Es decir, esta estética exige una suerte de penitencia, o consiste más bien en un sacrificio cuya ofrenda es doble: por un lado, una “frugalidad” estilística, una austeridad formal y léxica; por el otro, reclama aquello que podría ser lo más sagrado dentro de los valores de la modernidad: un adelgazamiento del yo, de la personalidad, que se corresponda, en la poesía, con un estilo diáfano y asequible. Como bien lo resume la yo lírico:

Un arte de la pobreza
Requiere aprender a ser Nadie
Ser austero en un mundo de vanidades[.]

Desde la dedicatoria —“Contra toda precariedad material e intelectual/ A mi madre/ A aquellos que no me leerán”— el volumen parece estar destinado a quienes, por carecer del



En un mundo de abdicaciones
Victoria Guerrero Peirano
Lima, Fondo de cultura económica,
2016, 124 pp.

privilegio de la educación o del tiempo libre, están condenados a no leer poesía. Su práctica y recepción se ha vuelto un ejercicio exclusivo, elitista, tanto que los versos de protesta —la poesía de “incomplacencia”— corren el riesgo de resonar en el vacío. De ahí la pertinencia política y estética de la frugalidad: “Se impone el silencio/ O el habla efímera”, dice, y es que lo efímero implica claridad, llaneza, literalidad. Es decir, estrategias no poéticas, o antipoéticas, que sean capaces de expresar las cosas de forma contundente:

Enciendo la TV y el mundo sigue igual

Borroso para los miserables
Luminoso para sus dueños

o:

Del trabajo lo más sombrío es la sumisión
de tu nombre de tu cuerpo

Que se hagan dueños
de tus días

Un ejemplo más:

Mas este poema lo escribí para el que todavía sueña
Para el que atraviesa las fronteras *feliz e indocumentado*
Para todo aquel que se rebela contra los asesinos del mundo[.]

Pero es el discurso en torno a la renuncia del yo el que más me interesa del poemario. Esta es una lección que la protagonista aprende de Emily Dickinson, autora del famoso poema “Yo soy nadie. ¿Quién eres tú?”. La escritora de Nueva Inglaterra le “dicta... un arte de la pobreza” y le asegura que “[u]na de sus reglas es ser Nadie”, aunque, como todo sabemos:

No es fácil ser Nadie
Toda la vida nos enseña a ser Alguien
Pronto las generaciones jóvenes vienen y nos arrasan
Y pasamos a ser Algo
Y luego Nada[.]

“Ser Alguien”, como decía arriba, es tal vez el principio más arraigado de la ideología capitalista, esencialmente individualista, y es lo que el poemario propone dinamitar.

En sus primeros textos la yo lírico se describe a sí misma como una “leprosa”, alguien alejado del mundo que dice imaginarlo “desde mi ventana”. Esta distancia pudo haber sido provocada por miedo o disgusto, ya que incluso intenta escapar de él:

Estoy tanteando
con un cincel
una salida del planeta[.]

Pero muy pronto empieza la indagación en el “yo”, así como un extrañamiento ante su categórica certeza. “[U]na de las cosas que ignoro soy yo misma”, se lee ya en *El mar ese oscuro por venir*, y en *Berlín*: “Inevitablemente vuelvo al ‘yo’”, dice, pero no es un regreso ingenuo ni carente de conflicto, porque lo que se busca es más bien “ingresar en el Ello Okuparlo de alguna manera”. Es decir, desplazarse al “no-yó”, como decía Vallejo, y dejar de ser Victoria para ser sólo “V”, para poder preguntarse:

...en qué momento cada consonante
y cada i
y cada o
y cada a
empezaron a convertirse en letras muertas
letras impresas en pálidos recibos de luz agua y teléfono[.]

Esta paulatina disociación entre el sujeto, su nombre y su yo culmina hasta “~~Escombros~~”, uno de los poemas nuevos, donde finalmente se dice: “Victoria ya no es más Victoria sino el resto de un nombre que le dieron al nacer”.

En un mundo de abdicaciones abarca otros asuntos, como el tema de la enfermedad, el amor y la utopía —en una casa roja, en la espesura de un bosque, más allá de la cortina de hierro—, pero en estas líneas he querido enfocarme sólo en este aspecto. Y no puedo concluir sin mencionar que el arte de la pobreza, llevado a sus límites, tendría que desembocar en una renuncia al yo y a la poesía, simultáneamente; al menos a aquello que entendemos como “poético”. Y Guerrero Peirano parece estar muy consciente de este desafío cuando se pregunta:

¿Dónde estaré yo?
Mi palabra también se ha suicidado
Ha tomado un camino de poco augurio
No sé cómo retomar la senda[.]

La respuesta habrá que esperarla, eventualmente, ya sea en verso o en prosa, en libro o en acto, con su firma o bajo seudónimo. Y es que en estos tiempos en los que “ya nadie incendia el mundo”, es urgente escribir de otras maneras; una de ellas podría ser la poética de la pobreza de *En un mundo de abdicaciones*. ■■■